

MARIA, MADRE DEL SEÑOR

Madre y modelo de la Iglesia en Puebla

Alberto Ramírez

No podía faltar la memoria de María, la Madre del Señor y la Madre de la Iglesia, en Puebla, como no ha faltado su presencia en ningún momento de la historia de este pueblo latinoamericano. Esta presencia se ha arraigado tan profundamente en los seguidores del Señor, que se ha convertido en una verdadera nota característica del cristianismo, hasta tal punto que se puede decir que con ella está ligada la identidad misma de los cristianos. Y si esto es cierto para todos los cristianos, también lo es de una manera especial para los cristianos católicos y, en cierta forma, de una manera especialísima, de los cristianos latinoamericanos.

En los últimos años, la valoración de esta presencia de la Santísima Virgen en la vida de la Iglesia, ha sido objeto de una toma de conciencia y de una profundización teológica providenciales. El papel de la Santísima Virgen ha sido mucho mejor comprendido, a la luz del misterio de Jesucristo y a la luz del misterio de la Iglesia. Porque no se comprende bien la significación de María sin su fundamentación cristológica y eclesiológica. Son muy hermosos los testimonios del Magisterio de la Iglesia en este sentido, en los últimos años. Una mención especial de este testimonio nos merecen las continuas referencias del Papa Juan Pablo II, cuyo amor por la Santísima Virgen se comprende muy bien, si se tiene en cuenta su procedencia de un pueblo que ha demostrado de una manera tan viva su identidad cristiana nunca desligada de este amor. En sus peregrinaciones apostólicas a Méjico, a Polonia y ahora a Irlanda, a las que hay que añadir sus visitas pastorales menos espectaculares a los santuarios marianos italianos, nunca ha faltado su afirmación explícita de este amor. Y al hablar del Papa tenemos que señalar la respuesta que él ha suscitado en todo el pueblo cristiano en este sentido. Pero no se puede olvidar el testimonio de otros Papas, en especial el de Pablo VI, con su proclamación de la Santísima Virgen como Madre de la Iglesia y con su Encíclica "Marialis Cultus".

La referencia constante al misterio de Jesucristo, cuando se habla de María, y la referencia también constante a la Iglesia, son dos aspectos fundamentales de nuestra visión mariana en la actualidad. Al referirnos aquí a la manera como en Puebla se ha hablado de la Santísima Virgen, tenemos que mantener siempre presente este doble horizonte. De una manera especial conviene señalar también la continuidad de la perspectiva conciliar que sigue presente en Puebla: el Concilio Vaticano II no nos ofreció ningún documento especial, aislado, sobre la Santísima Virgen, sino que prefirió hablar de ella en el documento eje, la Constitución "Lumen Gentium", en el capítulo octavo. Ubicada así la reflexión

sobre la Santísima Virgen, en un contexto eclesiológico, profundamente fundamentado en principios cristológicos, revela mejor toda su significación y sus virtualidades. La Madre del Señor aparece en la dimensión escatológica de la Iglesia, como una evidencia real de la salvación definitiva que esperamos alcanzar. En esa perspectiva adquiere también toda su eficacia la memoria de la Santísima Virgen: aparece ella como el modelo del seguimiento de Jesucristo, como la realización mejor de la fidelidad a Dios. Puebla ha ubicado, también, sus reflexiones mariológicas en el contexto eclesiológico: la segunda parte del documento, que presenta la verdad sobre Jesucristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre, ha hecho eco al Concilio, al terminar la presentación sobre la verdad de la Iglesia con sus consideraciones mariológicas.

No es naturalmente el único lugar, en el cual Puebla habla de la Santísima Virgen, sino que en todos los lugares en los cuales hay ocasión para señalar el papel extraordinario de la Santísima Virgen en la determinación de la identidad cristiana latinoamericana y en todos los lugares en donde hay ocasión de señalar el ideal del seguimiento del Señor y la profundidad de la evangelización, aparece inmediatamente la referencia a ella.

En este breve comentario a la visión mariológica de Puebla no se quiere repetir simplemente los aspectos más conocidos ya, por las orientaciones generales teológicas y del magisterio, sino sólo señalar algunos elementos que sí pueden necesitar un comentario por su novedad.

1. El papel de la Madre del Señor, en la experiencia de Dios de los cristianos, en especial de los latinoamericanos.

Se ha presentado, algunas veces, una objeción a la valoración de la religiosidad mariana del catolicismo. Se ha dicho que el desarrollo extraordinario de este aspecto de la vida religiosa católica, ha tenido sus aspectos negativos: ha hecho correr el riesgo de opacar la importancia decisiva de Dios (y del Señor) como meta de la experiencia religiosa. Si en el plano teórico nunca se ha discutido que el encuentro de Dios es el término decisivo y necesario de nuestra existencia cristiana, sin embargo, en la vida concreta los cristianos han llegado a considerar a la Santísima Virgen como meta de esta experiencia. Cuando la crítica ha sido más radical, se ha llegado a decir que el cristianismo católico ha divinizado de manera indebida a la Madre del Señor.

Las mejores consideraciones actuales sobre la Santísima Virgen, que nos ofrece el Magisterio de la Iglesia en sus declaraciones y la teología en sus reflexiones sistemáticas, han ofrecido mucha luz para comprender el papel específico de la Madre del Señor, en la historia de la salvación. Precisamente lo que hemos dicho acerca de la fundamentación cristológica y eclesiológica de la teología y de la práctica marianas, esclarece este problema y ofrece una excelente orientación de la religiosidad cristiana católica.

Puebla ofrece además un aporte muy profundo, en dos lugares:

n. 291: "(María) es presencia sacramental de los rasgos maternos de Dios".

n. 282: "En nuestros pueblos, el Evangelio ha sido anunciado, presentando a la Virgen María como su realización más alta. Desde los orígenes, en su aparición y advocación de Guadalupe, María constituyó el gran signo, de rostro maternal y misericordioso, de la cercanía del Padre y de Cristo con quienes ella nos invita a entrar en comunión".

Estas dos afirmaciones son de una importancia teológica enorme. Ciertamente la concepción de Dios del cristianismo está ligada profundamente con la revelación del Padre misericordioso, por Jesucristo. Aunque la concepción de Dios como un padre se presenta también en otras religiones, sin embargo ella es finalmente característica y original en el cristianismo. Se explica ella por razones culturales, es decir, por el hecho de que el cristianismo surgió de un mundo cultural patriarcal y no matriarcal? En una obra teológica reciente, se ha hecho referencia a este interrogante:

"No es sorprendente que en las culturas matriarcales la "gran madre", de cuyo fecundo seno han salido y a cuyo seno vuelven todas las cosas y todos los seres, ocupe el lugar del dios padre? . . . Desde el punto de vista histórico es perfectamente posible -aunque controvertido entre los historiadores- que el matriarcado sea más antiguo que el patriarcado. En ese caso, el culto a la diosa madre -que en Asia Menor, por ejemplo, dió un fuerte impulso al posterior culto mariano- habría precedido en el tiempo al del dios padre" (H. Küng. *Existe Dios*. Ed. Cristiandad². Madrid 1979. p. 914). También es este autor quien señala que el valor simbólico de la paternidad ha sido completado en la historia religiosa del judaísmo con simbolismos maternos, para hablar de Dios: "Ya en el Antiguo Testamento, en los profetas, presenta Dios rasgos femeninos, maternos. . . Se entiende erróneamente el apelativo padre aplicado a Dios cuando no se interpreta simbólicamente (análogicamente), sino como contrario de "madre": "Padre" es un símbolo patriarcal -con rasgos maternos también- de una realidad transhumana y transsexual que es la primera y la última de todas" (ib. p. 915).

Lo que es muy interesante en estas consideraciones, es que la revelación original del Padre misericordioso por Jesucristo, es una revelación que pasa por la mediación cultural simbólica que incluye rasgos de Dios que no agota la sola figura del padre. Todas nuestras concepciones y nuestro lenguaje acerca de Dios son de validez relativa: válidos sí, pero no exhaustivos. Las afirmaciones de Puebla sobre la maternidad de Dios, en sus consideraciones mariológicas, son una confesión teológica de una gran profundidad, e ilustran de manera extraordinaria un hecho real, el de la experiencia religioso-teológica de los cristianos. No se basa esta afirmación en presupuestos ontológicos y, en este sentido, nadie

diría que la afirmación según la cual “Dios es madre” significaría afirmar “María es Dios”. Se ubican estas reflexiones en el plano de la revelación: María es en alguna forma la revelación o el signo, en el cual los hombres perciben una dimensión de Dios que es real y que simbólicamente puede ser expresada por medio del concepto de “madre”. No nos hace recordar esto, la confesión espontánea, fruto más bien de una intuición y de una experiencia tan propias de un hombre como el Papa Juan Pablo I, cuando afirmó que “Dios no es solamente padre, sino madre”? Puebla no tenía tal vez en mientes esta inspiración, ni la afirmación de Juan Pablo I se ubicaba en el contexto de una reflexión mariológica, pero no deja de ser hermosa esta coincidencia en el lenguaje del Magisterio de la Iglesia en el lapso de un corto tiempo.

En una palabra podemos concluir que la trascendencia pastoral de esta afirmación de Puebla es muy grande para nuestros pueblos, profundamente marcados por el amor a la Santísima Virgen, que no es Dios, pero que es una Madre, la Madre del Señor y nuestra Madre.

2. El papel de la Madre del Señor y nuestra Madre, en la realización del cristianismo latinoamericano.

También es un hecho innegable el de la presencia constante de la Santísima Virgen en la realización de la existencia cristiana de nuestro pueblo latinoamericano. También ha sido señalado este hecho como una nota característica de nuestro seguimiento del Señor por el Papa Juan Pablo II y por la Conferencia de Puebla:

“El Papa -que proviene de un País en el que tus imágenes, especialmente la de Jasna Góra, son también signo de tu presencia en la vida de la nación, en su azarosa historia- es particularmente sensible a este signo de tu presencia aquí, en la vida del Pueblo de Dios en México, en su historia, también ella no fácil y a veces hasta dramática. Pero estás igualmente presente en la vida de tantos otros pueblos y naciones de América Latina, presidiendo y guiando no sólo su pasado remoto o reciente, sino también el momento actual, con sus incertidumbres y sombras. Este Papa percibe en lo hondo de su corazón los vínculos particulares que te unen a tí con este pueblo y a este pueblo contigo. Este pueblo, que afectuosamente te llama “la morenita”. Este pueblo -e indirectamente todo este inmenso continente- vive su unidad espiritual gracias al hecho de que tú eres la Madre. Una madre que, con su amor, crea, conserva, acrecienta espacios de cercanía entre sus hijos” (Homilía pronunciada en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe de Ciudad de México, el 27 de enero de 1979).

Y siguiendo al Papa Juan Pablo II, que de nuevo en Zapopán señala que la experiencia vital e histórica de América Latina está de tal manera ligada con la Santísima Virgen, que ella pertenece a la íntima “identidad propia de estos pueblos”, la Conferencia de Puebla ha expresado otro tanto de manera concreta:

n. 446: "El evangelio encarnado en nuestros pueblos los congrega en una originalidad histórica cultural que llamamos América Latina. Esa identidad se simboliza muy luminosamente en el rostro mestizo de María de Guadalupe que se yergue al inicio de la evangelización" (Evangelización y religiosidad popular).

Este aspecto de la reflexión mariológica de Puebla es también de una gran importancia. En cierto sentido, el movimiento de esta reflexión no va aquí de María hacia el pueblo, sino del pueblo hacia María. Ella adquiere los rasgos del pueblo latinoamericano y se convierte en una especie de símbolo en el cual se concreta toda la realidad cristiana vivida por los hombres en nuestro continente: hemos vivido el cristianismo como la Santísima Virgen; ella aparece al mismo tiempo como un llamamiento, con rasgos propios e inteligibles para nosotros, a vivir el seguimiento de Jesucristo.

Lo que Puebla dice en relación con la Virgen de Guadalupe, se puede constatar en alguna forma, en todos los lugares del continente. Al fin de cuentas, lo que esto significa es que nosotros no alcanzamos a comprender nuestro cristianismo, sin la Santísima Virgen. Y con ello retornamos también al tema general de la Santísima Virgen como modelo de la Iglesia, de la existencia cristiana.

3. El ejemplo de María en la evangelización de América Latina según Puebla.

El tema propio de la Conferencia de Puebla fue el de la evangelización en el presente y en el futuro de la América Latina. Se entiende bien que esta acción total eclesial sea la opción pastoral, que alimenta todo el esfuerzo que se quiere emprender. Y si ya se ha señalado el papel de la Santísima Virgen en la evangelización de nuestros pueblos en el pasado, hasta llegar a afirmar que ellos, en el momento actual, son incomprensibles sin el sello de la presencia de María en su historia, como una verdadera identidad, no se agota aquí todo lo que Puebla nos señala en relación con el papel de la Santísima Virgen en esta tarea de la evangelización.

Entendida la evangelización como el proyecto que se asume ahora de manera nueva, la Santísima Virgen es implicada en este proyecto como un gran espíritu de orientación.

n. 303: "Esa Iglesia, que con nueva lucidez y decisión quiere evangelizar en lo hondo, en la raíz, en la cultura del pueblo, se vuelve a María para que el Evangelio se haga más carne, más corazón de América Latina. Esta es la hora de María, tiempo de un nuevo Pentecostés que ella preside con su oración, cuando, bajo el influjo del Espíritu Santo, inicia la Iglesia un nuevo tramo en su peregrinar. Que María sea en este camino 'estrella de la evangelización siempre renovada'".

La evocación de la fidelidad de la Santísima Virgen a los planes de

Dios, resume este espíritu de la tarea evangelizadora de nuestra Iglesia. Puebla trata en diferentes lugares aspectos mariológicos, que constituyen una maravillosa comprensión del testimonio de la Santísima Virgen, desde la Biblia. Todos los temas bíblicos, tejidos maravillosamente, apuntan a la presentación de la fidelidad de María, de su fe, del anuncio de la salvación que ella realiza. Sería largo repetir todas las afirmaciones bíblicas acerca de la Santísima Virgen, tal como son utilizadas por Puebla, pero en términos generales se puede decir que la presentación de esta fundamentación bíblica en función de la evangelización ha sido muy bien lograda. De la misma manera se puede señalar la utilización del desarrollo dogmático de la fe original bíblica, en lo concerniente a la comprensión del papel de la Santísima Virgen (los dogmas marianos), en función de la evangelización. Este aspecto dogmático, que también ha encontrado mayor luz, por su ubicación dogmática cristológica, eclesiológica y antropológica, es verdaderamente ejemplar en Puebla.

* * * * *

No ha sido el intento de este comentario a la presentación mariológica de Puebla, el de realizar una lectura analítica de los textos, a la manera de la exégesis aplicada a los documentos del Magisterio. Se ha pretendido solamente señalar algunos aspectos que han parecido de importancia particular en esta presentación. Una cosa es cierta, en definitiva: que Puebla ha procedido en un sentido muy hermoso en la presentación mariológica, al acoger la ubicación de la Santísima Virgen en el conjunto de la historia de la salvación, en el contexto eclesiológico y con un interés evidente por reconocer y valorar los lazos indisolubles que ligan a la Santísima Virgen con nuestra historia eclesial, con el compromiso pastoral de la evangelización que se quiere asumir para el presente y el futuro de América Latina, llegando aún a alimentar con este espíritu de la Santísima Virgen las opciones concretas.